

PACO LOBATÓN

*Te buscaré
mientras viva*



AGUILAR

PACO LOBATÓN

*Te buscaré
mientras viva*



AGUILAR

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A los que buscan, a los supervivientes de la incertidumbre, a los que sueñan abrazos por venir...

Al corazón solidario de mis hijos

El vent us portarà la nostra crida.
«El viento os llevará nuestra llamada».
JOAN MARGARIT
Un hivern fascinant, 2017

¿Cuándo vuelve el desaparecido?
Cada vez que lo trae el pensamiento.
RUBÉN BLADES
«Desaparecidos»

Ser agradecidos

A mi entender, el agradecimiento es el gesto por el que devolvemos parte de la fortuna con que nos obsequia el destino. Esa es, al menos, la filosofía que he tratado de aplicarme a mí mismo a raíz de la experiencia de notoriedad a gran escala generada por mi trabajo profesional en televisión, primero en los telediarios de mediados de los ochenta y luego por el programa *QSD* de los noventa. Gracias probablemente a que esa inusitada sobredosis de *fama* me pilló ya con un cierto grado de madurez personal no sufrí el espejismo que consiste en confundir la magnitud de tamaña notoriedad con las propias capacidades, menos aún con supuestas virtudes innatas. La notoriedad televisiva es ante todo una consecuencia del impacto masivo del medio, una suerte de *virtud electrónica*. La fama, en el sentido más noble y clásico de *buen nombre*, es otra cosa: el resultado de una actitud sincera, continuada y coherente en la tarea de comunicar, entendida como un oficio al servicio de la gente. Y es la gente quien otorga los créditos, es decir, la credibilidad. Ese es el bien máspreciado, sobre todo desde que el concepto de fama o de famoso se ha banalizado hasta extremos irritantes.

Vivo mi dedicación a la causa de las personas desaparecidas como una manera de devolver a la sociedad el grandioso crédito que me fue otorgado por mi trabajo periodístico, especialmente el desarrollado en televisión.

A la hora de expresar este agradecimiento general siento que debería incluir miles de nombres propios, precisamente esos que tan a menudo se reducen a meras cifras de au-

diencia. Entre ellos hay personas que un buen día dejaron de ser espectadores de éste o aquel programa de televisión para convertirse en los protagonistas de una historia de desaparición. Y aunque no haya conocido a todas esas personas por razones obvias —son más de cien mil las que pasaron por ese trance tan solo en los últimos seis años^[1]— quisiera que estuvieran representadas en las familias cuyos testimonios dan vida a este libro.

Se trata de catorce historias. Son parte de la realidad de las desapariciones tal como se han producido durante las tres últimas décadas en España, aunque hay muchas más que merecerían ser contadas, porque cada desaparición es absolutamente singular. Para este libro fueron 14 las familias que, durante el verano de 2017, me abrieron sus casas —y a la vez sus corazones—, confirmando su deseo de seguir buscando a sus seres queridos, de no abandonar la lucha. De Galicia a Andalucía, de Cataluña a Castilla y León y a Canarias, fui llamando a sus casas, con una grabadora digital y una libreta de notas como únicas armas. A casi todos los conocía desde tiempo atrás, como cuento a pie de relato, pero todos, sin excepción, me han permitido descubrir aspectos nuevos, algunos de ellos verdaderamente sorprendentes, no solo con respecto a la desaparición de sus seres queridos sino también en relación a la batalla interminable por saber qué fue de ellos, por liberarse de la incertidumbre y llegar a un final. Siempre pensé que eran sus voces el mejor antídoto contra el olvido: por eso están aquí como núcleo del relato esencial de *Te buscaré mientras viva* componiendo una suerte de autobiografía colectiva de los desaparecidos. Se trata de las voces de:

Mari Carmen y María, hermana y madre de Isidre y Dolors Orrit Pires

Juan y Luisa, padres de Cristina Bergüa Vera

Antonio, hermano de Angelines Zurera Cañadilas

Carmen, hermana de Juan Antonio Gómez Alarcón

Antonia y Héctor, madre y hermano de David Guerrero Guevara

Isidro y Rosa, padres de Paco Molina Sánchez

Jesusa y Carmen, hermanas de María Sánchez Moya

Antonio y Teresa, padres de María Teresa Fernández

Ithaisa, Pepe y Herminia, madre y abuelos de Yéremi Vargas Suárez

Nieves, Lupe y Patricia, madre, tía y prima de Sara Morales Hernández

Ana María, madre de Borja Lázaro Herrero

Carmen, hermana de Sonia Iglesias Eirin

Juan Vicente e Isabel y Teresa, padres y abuela de Caroline del Valle Movilla

Mercedes, Sandra y Tamara, esposa e hijas de Elías Carrera

La idea de este libro es muy distinta a la que inspiró *A corazón abierto* (Temas de hoy, 1997) una primera reflexión sobre la experiencia vivida en *Quién Sabe Dónde*. A diferencia de aquel, en esta ocasión, las historias están contadas en primera persona por los allegados más directos a los verdaderos protagonistas, las personas desaparecidas. La otra gran diferencia es que en esta ocasión el libro forma parte del trabajo emprendido con la creación de la Fundación Europea por las Personas Desaparecidas QSDglobal, a la que se destinarán íntegramente los fondos que se obtengan por su venta.

A la directora de la Fundación, Anabel Carrillo Lafuente, debo una gratitud principal por ser alma y cuerpo de iniciativas constantes, por su entrega incondicional a la causa y por su generosidad sin límites. Pero también y en relación a la elaboración de este libro, por haber sido paciente lectora de los borradores, y, a la vez, estímulo y conciencia crítica de su contenido.

Amalia Vílchez, profesora de literatura y escritora, me ayudó a poner sobre el papel los primeros esbozos narrativos de horas y horas de grabaciones, cuidadosamente

transcritas por Tamara Morillo, Asunción Ariza y Alejandra R. Campomanes. Gracias también a Manuel Alcázar, siempre tan discreto como eficaz en su afán de que los números cuadren.

De mis inseguridades de escritor se ocuparon con oficio y afecto más que notables mis editores, Gonzalo Albert y Laura Ferrero. Y no hubiera llegado a ellos de no mediar Luisgé Martín, a quien ya admiraba como novelista antes de conocer sus buenos oficios como agente literario.

Gracias también a ti querido lector, querida lectora, por haber elegido este libro. Gracias doblemente si lo has hecho como un gesto de compromiso y de complicidad porque ya tienes noticia de la realidad que aquí se relata; si no fuera así, te aseguro que las voces que te dispones a escuchar no te dejarán indiferente.

Prólogo

Como estrellas de mar

La diferencia entre vivir y simplemente existir es tener una causa. La mía es la de las personas desaparecidas. No fui yo a buscarla. Vino ella a mi encuentro en un quiebro inesperado del destino que me llevó de la radio a la televisión para contar historias, hasta entonces desconocidas para mí, de ciudadanos desconsolados en busca de seres queridos desaparecidos, ausentes sin motivo conocido. Hace veinticinco años de eso. Me acuerdo bien porque yo entonces rondaba los cuarenta y ahora acabo de rebasar los sesenta y cinco. Kapuściński decía que hay solo dos causas en el periodismo que justifican la militancia: la de los refugiados y la de las desapariciones de personas. El mismo admirado reportero polaco escribió que este no es un oficio para cínicos. Es cinismo conocer el sufrimiento de otros y ser ajeno a él o no intentar hacer todo lo que esté en tus manos para paliarlo. Lo opuesto al cinismo es un compromiso activo en el sentido de militancia, recordado por Kapuściński, o en el definido por José Saramago como un deber implícito, escrito en el reverso de los derechos humanos básicos. Algunos siglos antes Sócrates había sentenciado: «Cuando estoy ante alguien que ha sufrido, me siento ante un ser sagrado».

Pues bien, si algo percibí desde mis primeros contactos con personas que estaban intentando afrontar la desaparición de uno de los suyos, fue la hondura insondable de su sufrimiento. Por eso he seguido y sigo vinculado a la causa.

Primero, a través del propio programa durante los seis años ininterrumpidos que estuvo en antena; luego, en forma de colaboración con asociaciones de familiares de desaparecidos, como Inter-SOS, y, desde 2015, con la creación de la Fundación Europea por las Personas Desaparecidas QSDglobal. Este libro, sin ir más lejos, forma parte de las tareas de la fundación destinadas a ampliar todo lo posible la conciencia social sobre la realidad de las desapariciones. A ese mismo objetivo responde otro empeño de comunicación a gran escala, como está llamado a ser el programa *Desaparecidos* en TVE. Con él se pone fin a un paréntesis de diecinueve años de ausencia de este tema en su parrilla principal. Han transcurrido casi dos décadas en las que no he dejado de llamar a la puerta de la radiotelevisión pública con diversas propuestas para un *Quién Sabe Dónde* actualizado; la mayoría de las veces lo hice con una renuncia expresa a seguir siendo la imagen principal del programa, a fin de hacer patente la renovación del formato y de que nadie pudiera reportar a la cadena falta de ideas nuevas. Lo importante para mí siempre fue y sigue siendo salvaguardar sus contenidos esenciales y hacerlos participativos para la audiencia. La crónica de esas tentativas daría para un largo capítulo, puede que muy ilustrativo de los cambios que han tenido lugar en la manera de entender y de hacer televisión en nuestro país, en general, y, en particular, en el ámbito de la radiotelevisión pública estatal. No descarto contarlo algún día, pero creo que no es este el lugar ni tampoco el momento. Ahora manda el presente, en el que se ha recuperado un espacio digno y en el horario en el que puede aspirarse a conquistar grandes audiencias con las que ayudar a resolver cuantos más casos mejor, y, sobre todo, volver a dar voz a las familias de personas desaparecidas. Pero ¿acaso no la han tenido durante estos años en otros programas, en otras cadenas? Por supuesto que sí, pero ¿de qué manera? ¿Con qué resultados? No quisiera responder de manera simplificada a preguntas de por sí bastante complejas, pero creo que cabe un corolario general: las historias de desaparecidos han sido un ingrediente por mo-

mentos muy rentable para los programas en los que se han abordado, pero no ha ocurrido lo mismo a la inversa. No solo porque el cómputo de casos resueltos sea prácticamente igual a cero, sino porque su aproximación ha sido casi siempre episódica, sin la continuidad ni los recursos necesarios para ayudar de verdad, por ejemplo, mediante la difusión sistemática de las alertas de búsqueda o a través de un método de canalización de las pistas aportadas por los telespectadores. No pretendo descalificar nada de lo que se ha hecho ni dicho; menos aún quitar valor a intentos serios y sinceros, que tampoco han faltado. Lo que quiero subrayar es que la eficacia en este terreno es directamente proporcional a los medios empleados, al tiempo dedicado y a las prioridades establecidas, y todo ello partiendo de la premisa de un seguimiento continuado de los casos.

La desaparición de la joven madrileña Diana Quer, ocurrida el 22 de agosto de 2016 en la localidad coruñesa de A Pobra do Caramiñal, supuso un verdadero punto de inflexión tanto en la percepción social de las desapariciones como en el tratamiento dado por los medios de comunicación. No recordaba ningún impacto de tal magnitud desde la desaparición de las niñas de Alcàsser (Valencia), en 1992. La búsqueda de Miriam, Toñi y Desirée había marcado la primera temporada de *Quién Sabe Dónde*; la noticia del hallazgo de sus cuerpos sin vida en enero de 1993 me sorprendió en directo mientras entrevistaba al pintor Antonio López en el programa de tarde que por entonces presentaba en Radio Nacional de España. Un compañero de la redacción se acercó hasta el micrófono con un teletipo de última hora de la agencia Efe en el que se informaba de la localización de los restos de las tres niñas en un paraje montañoso de Tous. Tuve que pedir ayuda a mi entrevistado para poder seguir con la conversación. Me había quedado literalmente sin palabras. Apenas me hube recuperado, hablé con Juan Jesús Ortiz, por entonces director del programa. Enseguida estuvimos de acuerdo en que, habida cuenta de la implicación que habíamos tenido en la búsqueda, no podíamos faltar en el momento de la despedida. Así

que nos desplazamos con una unidad móvil hasta la localidad valenciana. Yo quería, en primer lugar, dar el pésame en persona a cada una de las familias de las niñas, y también ofrecerles que grabaran unas palabras dirigidas a los miles de personas que se habían volcado en el caso, intentando aportar pistas sobre su paradero durante los tres meses que estuvieron desaparecidas, y que ahora sentían como propio aquel trágico final. Llegada la noche, esas grabaciones salieron al aire durante un especial de corta duración realizado en vivo desde una pequeña sala cedida por el ayuntamiento. A pocos metros, el auditorio principal había sido reservado por Antena 3 para una edición extraordinaria del show semanal de Nieves Herrero. Nieves abrió la emisión con una afirmación premonitoria: «Buenas noches a todos, *De tú a tú* no va ser hoy un programa normal...». Y, ciertamente, no lo fue. YouTube sigue ofreciendo veinticinco años después a quien quiera verlo el contenido de aquella emisión bajo el título de «La noche que nació la telebasura en Alcàsser». Esa etiqueta es más una sentencia que un titular, predispone a la condena incluso a quienes no vieron aquel programa. Lo que hay que preguntarse es por qué se desbordó hasta extremos nunca vistos el programa de Nieves Herrero sobre Alcàsser. La primera imagen tras la cabecera no fue la de la presentadora sino la de Fernando García, el padre de Miriam. Fue toda una declaración editorial de entrada. Enseguida aparecerían los familiares de Toñi y Desirée, todos ellos, como no podía ser menos, sumidos en el dolor más intenso, dado el escaso tiempo transcurrido desde que conocieran el trágico final de las niñas. Expresar el dolor puede llegar a ser recomendable como forma de liberarse de él, otra cosa muy distinta es exponerlo desde el estrado de un salón de actos, rodeados de focos y cámaras, transmitiendo en directo y ante un auditorio abarrotado de público, integrado por vecinos conmocionados de entre los que no tardarían en surgir voces pidiendo venganza y pena de muerte para los culpables. A partir de ahí el clima del programa devino un incendio sin control. Fue como echar sal a manos llenas sobre una heri-

da abierta y aún sangrante. Pero me detengo aquí, porque nunca he sido partidario de las condenas promulgadas sin juicio, ni de los juicios de intención pronunciados de manera sumaria. Por eso, nunca participé, ni voy a hacerlo ahora, de la furia estigmatizadora empleada por algunos sectores de la profesión y por ciertos eminentes comunicólogos contra Nieves Herrero. Creo, sin embargo, que hubiera sido necesario y muy saludable un debate sobre los límites de la información en situaciones marcadas por el dolor y por la alarma social como lo fueron los momentos que siguieron al cruento final del caso Alcàsser. De haberlo habido, puede que hubiera sido otro el comportamiento de los medios ante la desaparición de Diana Quer casi un cuarto de siglo después. Diana desapareció durante sus vacaciones veraniegas en A Pobra do Caramiñal, A Coruña, al volver de madrugada de las fiestas locales. Su perfil de chica en el esplendor de los dieciocho años, unido a los inquietantes últimos mensajes que había enviado desde su móvil, fue el detonante de una alerta inmediata y generalizada.

Casi quinientos días después, el 31 de diciembre de 2017, se produjo el tan esperado final de la búsqueda al precipitarse la detención del principal sospechoso, que, a continuación, llevaría a la localización de los restos de Diana. Se revelaba así que la muerte de Diana se habría producido con toda probabilidad a las pocas horas de su desaparición y a manos del mismo individuo que la habría asaltado a poca distancia del lugar desde el que había enviado con el móvil su último e inquietante mensaje. La noticia vuelve a convulsionar la opinión pública y nos plantea la necesidad de incluir una mención específica a los hechos y a su significación en todos los planos, en un capítulo final de este libro, como epílogo para una reflexión actualizada, tras la que pudimos compartir con familias, expertos policiales y comunicadores en noviembre de 2016 en el Foro QSD sobre el Tratamiento informativo de las Desapariciones de Personas.

A pocos meses de distancia, el hito más relevante fue la publicación por el Ministerio del Interior del Informe sobre Personas Desaparecidas en España, 2017. Lo hizo el titular del Departamento, Juan Ignacio Zoido, con una deliberada solemnidad y en una fecha cuidadosamente elegida: en vísperas del 9 de marzo, Día de las Personas Desaparecidas sin causa aparente. En el mismo acto, el ministro comprometió la creación del CNDES (Centro Nacional de Desaparecidos). Así que la concentración anual celebrada en Madrid se desarrolló con la referencia de los datos que, por primera vez en toda nuestra historia, veían la luz pública: se habían registrado 121.114 denuncias en los últimos seis años, de las que 4.164 seguían sin resolverse. El informe desglosa por provincias esos datos, al tiempo que reconoce las limitaciones de la Base de Datos de Personas Desaparecidas y Restos Humanos de la que se han extraído. Se recoge asimismo la necesidad de profundizar en la casuística de las desapariciones, mediante estudios sociológicos y antropológicos que hasta ahora han brillado por su ausencia.

El día en que se dieron a conocer estos datos, eché en falta a personas que habían estado en los inicios del movimiento asociativo de familiares de desaparecidos, fue el caso de Cayetano Jiménez, de Castilla La Mancha; Salvador Domínguez, de la Comunidad Valenciana; o Josep Valls, de Cataluña, ya fallecidos. Sentí que era injusto que no fuera partícipe de ese momento Flor Bellver, la psicóloga que dedicó diez años de su profesión y de su vida a Inter-SOS, la asociación creada en 1998 por los padres de Cristina Bergüa, desaparecida con dieciséis años en Cornellá, Barcelona. Recuerdo su entrega incondicional, solo comparable al entusiasmo con el que celebró que, en 2010, el Congreso de los Diputados declarase el 9 de marzo como Día de las Personas Desaparecidas sin causa aparente. Un logro ganado a pulso, como lo fue tres años más tarde la creación de una comisión especial en el Senado, que tras seis meses de trabajos adoptó un contundente informe final en diciembre